

IMAGINA QUE YA NO ESTOY

MEG ROSOFF

Traducción del inglés de
Mireya Hernández Pozuelo

 Siruela

Las Tres Edades

Para Brenda

La primera Mila fue una perra. Una bedlington terrier. Está bien saber esas cosas. No estoy nada resentida porque me hayan puesto el nombre de un perro. De hecho, me imagino perfectamente la escena. Mila es un buen nombre, diría mi padre, olvidando dónde lo había oído. Entonces mi madre se acordaría del perro y le preguntaría si estaba completamente seguro, y como él se quedaría callado, ella diría: Bueno, pues Mila. Y luego me miraría y pensaría: Mila, mi Mila.

No creo en la reencarnación. Es poco probable que haya heredado el alma de la perra de mi abuelo, que murió hace tanto tiempo. Pero ciertos aspectos me dan que pensar. ¿Fue pura casualidad que a mi padre se le pasara por la cabeza Mila la mañana en que nací? Al observar a su hija recién nacida, ¿lo primero que pensó fue en la perra, en Mila? ¿Por qué?

Mi padre y yo nos estamos preparando para ir a Nueva York a visitar a su viejo amigo Mat. Pero ayer todo cambió. La mujer de Mat telefoneó para decir que se había ido de casa.

¿Se ha ido de casa?, pregunta Gil. Pero ¿qué dices?

Que ha desaparecido, dice ella. Sin dejar ni una nota ni nada.

Mi padre está confuso.

¿Nada?

¿Vais a venir de todas formas?, pregunta la mujer.

Y cuando él se queda callado un momento, pensando qué contestar, ella dice: Por favor.

Sí, claro, responde Gil, y cuelga el auricular despacio.

Volverá, le dice luego a Marieka. Se ha ido solo para poder pensar. Ya sabes cómo es.

Pero ¿por qué ahora? Mi madre está desconcertada. ¿Justo cuando sabe que vais a ir? Ha elegido un momento un poco raro, ¿no?

Gil se encoge de hombros.

Mañana a estas horas habrá vuelto. Estoy seguro.

Marieka hace un ruido como de no estar muy convencida, pero desde donde estoy agachada no le veo la cara.

¿Qué pasa con Mila?, dice.

Lo único que sé es que son las vacaciones de Semana Santa y no tengo que ir al colegio. Mi madre se va toda la semana a trabajar a Holanda y no puedo quedarme sola en casa. Mi padre está en su mundo y es mejor que alguien lo acompañe cuando viaja para que no se despiste. Compramos los billetes hace dos meses.

Iremos los dos.

Me gusta estar con mi padre; hacemos buena pareja. Como mi tocaya, la perra Mila, soy muy consciente de dónde estoy y de lo que estoy haciendo en todo momento. No soy muy dada a fantasear y tengo algo de la determinación de un terrier. Si hay que darse cuenta de algo, yo seré la primera que lo vea.

Se me da bien resolver misterios.

Ya casi he terminado de hacer las maletas cuando Marieka viene a decirme que ella y Gil han decidido que debo ir de todas formas. Ya estoy ordenando las pistas en mi cabeza, sopesando todas las posibilidades, buscando una hipótesis.

Conocí al amigo de mi padre en algún momento de un pasado remoto, pero no lo recuerdo. Es una leyenda

en nuestra familia porque una vez le salvó la vida. Sin Matthew yo no existiría. Me gustaría agradecersele, aunque la verdad es que nunca tengo ocasión.

Parece que ha pasado mucho tiempo desde que nos fuimos de Londres. Entonces era una niña.

En teoría, lo sigo siendo.

2

Sé muy poco sobre la perra Mila. Perteneció a mi abuelo cuando aún era un niño que vivía en Lancashire y los perros como Mila se tenían para cazar ratas y no como mascotas. Encontré una foto antigua y polvorienta de ella en un álbum que mi padre guardaba de su niñez. La mayoría son fotos de gente que no conozco. En la foto, la perra está agazapada, como si prefiriera estar corriendo a toda mecha. Me interesa mucho la persona que está al otro lado de la cámara. Tal vez sea mi abuelo, un niño lo bastante orgulloso de su perra ratonera como para conservar una foto suya. Ahora mucha gente hace fotos a sus perros, pero ¿era normal en aquella época? La perra está mirando al frente. Si fuera suya, ¿no se daría la vuelta para mirar?

Esta foto me llena de una profunda sensación de nostalgia. *Saudade*, diría Gil. Es portugués. La nostalgia por algo amado y perdido, algo que ya no está o que es inalcanzable.

No puedo explicar la sensación de tristeza que tengo cuando miro esta foto. La perra Mila lleva ochenta años muerta.

Todo el mundo llama a mi padre Gil. Su amigo de la infancia se ha largado de la casa que compartía con su mujer y su bebé. Nadie sabe adónde ha ido ni por qué. La

mujer de Matthew llamó a Gil por si quería que cambiáramos de planes. Por si había oído algo.

Pero no había oído nada. Aún no.

Iremos en tren al aeropuerto y es importante que no olvidemos los pasaportes. Marieka me dice que tenga mucho cuidado y me da un beso. Sonríe y me pregunta si estaré bien; yo asiento con la cabeza, porque sé que sí. Mira hacia donde está Gil y dice: Cuida de tu padre.

Sabe que cuidaré de él lo mejor que pueda. La edad no es siempre el mejor criterio para medir la capacidad de alguien.

Las puertas del tren se cierran y le decimos adiós con la mano. Me pongo cómoda junto a mi padre y aspiro el olor de su chaqueta. Huele a libros, a tinta, a café viejo relegado al fondo del escritorio y a lana, y tiene un ligero toque a la colonia que Marieka solía comprarle; una que no ha usado desde hace años. El olor de su piel es demasiado familiar para describirlo. Me sorprendió descubrir que no todo el mundo puede identificar a la gente por su olor. Marieka dice que eso hace que yo sea, al menos, medio perro.

He visto cómo los perros olfatean a la gente y a otros perros en la calle o cuando regresan de otro sitio. Quieren recomponer una imagen mediante pistas: ¿Dónde has estado? ¿Había gatos allí? ¿Has comido carne? De modo que: lumbre, barro, limones.

Si yo fuera un perro y oliera a libros, café y tinta en una chaqueta de lana de esas que llevan los académicos, no sé si pensaría: *Ese hombre traduce libros*. Pero es lo que hace.

Siempre me he preguntado por qué los seres humanos inventaron tantos idiomas. Eso hace que todo se complique. *Hace que las cosas sean interesantes*, dice Gil.

Hoy volamos a Estados Unidos, donde no vamos a necesitar ningún idioma extra. Gil me despeina el pelo, pero en realidad no se da cuenta de que estoy sentada a su lado. Está absorto en un libro que ha traducido un colega suyo. De vez en cuando asiento con la cabeza.

Mi madre toca el violín en una orquesta. Rasgar, rasgar y rasgar, dice cuando tiene que ensayar, y cierra la puerta. Mañana se marcha a Holanda.

Entrecierro los ojos y fijo la mirada en un punto lejano. Soy perspicaz, rápida y leal. Habría sido un buen perro ratonero.

Saudade. Me pregunto si Gil está sintiendo eso ahora por su amigo perdido. Si es así, no lo demuestra.